

FUERA DE CAMPO
VIDAL ARRANZ

Pobre 'macho' maltratado

«Cada vez está menos claro qué significa la palabra, pero no hay duda de que se asocia con algo malo»



A diós al macho' se titulaba una película de finales de los 70 de Marco Ferreri, un director que estuvo muy de moda entre la intelectualidad progre, pero que ahora parece bastante olvidado. Y eso que fue un adelantado del feminismo en un tiempo en el que este discurso no había alcanzado ni remotamente las cuotas de poder institucional que ahora disfruta. A esa película hay que añadir otra posterior 'El futuro es mujer'. Ambos títulos han sido saqueados a placer –consciente o inconscientemente– por los periodistas de medio mundo en estos últimos años. Sin embargo, dada la notable heterodoxia estética y política de Ferreri, es poco probable que sus obras se utilicen en talleres de igualdad.

Y, sin embargo, cada vez está menos claro qué sea el 'macho', más allá de la categoría zoológica contrapuesta a 'hembra'. A veces parece que tal palabra alude a una masculinidad primaria, ligada a los instintos. Para el grupo Village People, autores del célebre 'Macho man', se trata, sobre todo, de un hombre musculoso, entregado al narcisismo del gimnasio. El diccionario de la RAE ayuda a centrar un poco la cuestión cuando explica que 'macho' es aquel hombre en quien aparecen marcadas las cualidades asociadas a lo masculino, «especialmente la fuerza y la valentía». Pero en las reformulaciones feministas más actuales se liga, sin más, con la violencia y la dominación, que le vienen mejor al discurso político dominante. Un reportaje publicado por este diario esta semana abunda en este mar de ambigüedades mezclando suicidios, accidentes de tráfico, educación patriarcal y lo que se tercie. Sólo queda claro que ser 'macho' es algo malo y que los únicos hombres buenos son los que no lo parecen.

De modo que uno, que nunca ha sido demasiado 'macho', sea lo que sea lo que signifique la palabra, se siente hoy impedido a salir en defensa de estos maltratados compañeros de sexo. Y, aunque creo que la verdadera masculinidad implica capacidad para domar los propios impulsos e instintos, me opongo de forma categórica a la castración cultural que hoy parece alentarse.

A comienzos de siglo, el tema principal de una telenovela chilena, titulada precisamente 'Machos', ofrecía una visión conciliadora. "Debes querer a una sola, entregarle mil besos y un ramo de flores. Macho es aquel que la trata con mucho cariño y no tiene temores". Pero de paso dejaba caer que 'macho' es también alguien 'firme y plantao' y 'firme y sincero'. Y quizás el problema de fondo esté ahí, en la solidez, cada vez más intolerable para quienes quieren convertirnos no ya en agua sino en vapores gaseosos capaces de amoldarse al recipiente que convenga.

El sofá del sultán Recep Erdogan

AGUSTÍN REMESAL

Periodista

«La diplomacia militarizada de Ankara ha suscitado inquietud en la UE desde hace una década, alimentada por la gestión divergente del gobierno turco en los conflictos bélicos del Oriente Medio»

Ante la fotografía protocolaria del escándalo, me vino a la memoria la imagen del sofá que algún sultán otomano debió gozar hace siglos en la gran Sala del Harem del Palacio Topkaki, la más grande residencia imperial en el mundo que Solimán el Magnífico ordenó levantar en Estambul mirando al Bósforo. Aquel mueble enormísimo, el esplendor de la estancia, la sutileza colorista de las alfombras y el brillo fulgurante de los muebles dorados me traspasaron de improviso a la foto de tres hombres y una mujer, reunidos hace una semana en conferencia de alta diplomacia. La escena recobrada era, en resumen, el símbolo de un tiempo pasado lujurioso en placeres y potestades, cuya composición y mensaje visual correspondían a los personajes de una embajada antigua, a pesar de su atuendo moderno y del análogo grado y autoridad de cada uno de los protagonistas. Estambul ha sido siempre el gran museo de una fascinación.

Reina en Turquía desde hace siete años como presidente Recep Tayyip Erdogan, Primer Ministro durante la década anterior, un político culto, soñador y sibilino que ejerce el poder con el manual de una dictadura por él mismo redactado, con el único fin de dar la vuelta a la historia y recomponer el mapa de su reivindicado imperio otomano. Hace quinientos años Solimán el Magnífico, Comisario de Alá y Dueño del Cuello de Todos Hombres, cruzó el Bósforo en una embarcación dorada y fue consagrado Sultán. Lanzó luego a sus ejércitos a la conquista de Europa, hizo temblar a reyes y papas y en 1529 puso sitio a Viena. Para celebrar su victoria, cuentan los cronistas de la época que el Sultán, sentado sobre un trono de oro y ante una pirámide formada con dos mil cabezas humanas, entre ellas las de siete obispos húngaros, repartió el botín entre los jefes de su ejército. La media

luna dominó un territorio sólo igualado por las conquistas de Alejandro Magno, desde Oriente Medio y el norte de África –Siria, Líbano, Israel, Palestina, Irak, parte de Arabia, Egipto, Libia, Túnez y Argelia– hasta Europa –Bulgaria, Grecia, Hungría, Rumanía y los Balcanes. El desastre de la Primera Guerra Mundial desmembró ese imperio agonizante que ahora reivindica con su ideario, una diplomacia furtiva y una ambición exorbitante el vidrioso presidente Erdogan.

La diplomacia militarizada del gobierno de Ankara ha suscitado inquietud en la Unión Europea desde hace una década, alimentada por la gestión divergente del gobierno turco en los conflictos bélicos del Oriente Medio. Esa codicia ha sido anestesiada desde Bruselas a golpe de talarario para satisfacer las exigencias de Erdogan, evitando otra oleada hacia Europa de los cinco millones de sirios que huyeron a Turquía empujados por la guerra. Tal cheque europeo era precisamente el asunto principal a tratar en el desgraciado encuentro en Ankara del pasado 8 de abril, un descarado acto de desprecio de Erdogan a la Unión Europea con el pretexto de un protocolo anticuado que esconde la rancia raíz de un machismo arcaico y desafortado. Pero el divorcio viene de lejos y el Primer Ministro italiano Mario Dragui lo señaló con vehemencia: «Ante estos dictadores, llamémoslos lo que son, sin embargo necesarios, uno debe ser franco y expresar la propia divergencia de puntos de vista». El clamoroso silencio de la presidenta de la Comisión Europea Ursula von der Leyen contrasta con el mea culpa adobado del presidente del Consejo Europeo Charles Michel: éste fue el punto débil, el traidor de la representación del sofá al faltarle los reflejos y el coraje de corregir el guión turco, montaje de una escena despectiva de una institución, la Unión Europea, que se niega a abrir la puerta a un país don-

de se sigue practicando el vergonzoso método de aniquilación física de los adversarios políticos, ya no blandiendo el sable sino entregándolos maniatados a los tribunales como delincuentes.

Es tan escasa la sensibilidad de la Unión Europea ante esa práctica dictatorial de Erdogan como lo es la lejana voluntad comunitaria para avanzar en la construcción de una diplomacia europea, adecuada a la fortaleza de la suma de países a los que debería favorecer y representar. Dos días antes de la vergonzosa escena del sofá, Erdogan ordenó el arresto de una decena de almirantes jubilados de la Armada turca por oponerse a la construcción de un nuevo canal paralelo al del Bósforo, proyecto contrario a la legislación internacional ya que prohibiría el tránsito de navíos militares, arbitraje a discreción del gobierno de Ankara. En el debe de Turquía para su anhelado ingreso en la Unión Europea figura su política de aniquilamiento de los kurdos, la negación de la igualdad de la mujer, su ambigua estrategia en la guerra de Siria con lealtades variables, su reiterada amenaza de reabrir la compuerta de la emigración siria y sus acuerdos cruzados con Putin y Xi Jinping, que agrandan sus discrepancias con la OTAN.

Desde que Erdogan llegó al poder, Turquía es un débil bastión de Europa, sufragado por la emigración desde Siria, y un caballo de Troya en la maniobra bélica de la OTAN y la pugna entre los grandes bloques militares, situación equívoca que debe mostrar su verdadera cara ahora, cuando Rusia está congregando tropas en la frontera de Ucrania. Como en tiempos de guerra, es necesario ejercer la estrategia de una diplomacia entre bastidores y también el protocolo, fingimiento visible de esa representación, que debe escoger sus propias armas. La fotografía del sofá es, al fin, la imagen de otra derrota de la Unión Europea.

INTRUSO EN EL NORTE
JESÚS NIETO JURADO

Dos años sin Manolo

Va a hacer dos años que no veo a Manolo. A Manolo Alcántara. Porque un Miércoles Santo de hace dos años se fue allá donde da la vuelta el camino y me dejó más huérfano que nunca corriendo por el pinar entre lágrimas. Porque Manolo, desde el Rincón de la Victoria, también era esta casa. Esta casa que le entregó el Vocero en Málaga un día en que ya estaba malito, y Manolo se incorporó del lecho para agradecerme a Aganzo y al menda el viaje a Málaga.

Y me hubiera gustado pasear a Manolo por Valladolid, quizá subiéndolo en coche desde esa Castilla del Sur que es su Andalucía. Me lo imagino pasando por tesos y castillos, y adivinando en cada topónimo de la carretera un poema del Romancero, una leyenda, un noventayochismo de 750 kilómetros.

Porque yo conocí a Manolo en la plenitud de su senectud (perdón por la rima inconsciente), y por eso sé que habría hecho buenas migas con Peláez si, como a Valle In-

clán, no nos hubiera fallado la época. Manolo era contraportada, era Garci, era Moreno Peralta, era Manolo el Pollero, era Valladolid y Bilbao, Valencia y Santander, Málaga y Granada. Digo «era» pero quizá vaya mejor el «es», porque ni a él, ni a Tomás Hoyas, ni a Gistau los hemos olvidado. Acaso porque lo escrito, aun en hojas volanderas, es una forma como otra de supervivencia.

Se han cumplido dos años sin Manolo, y Manolo se ha ahorrado el escribir sobre los bares vacíos, los coetáneos que se le iban y un médico mentiroso que surfeaba por Portugal. Hoy quiero, a los dos años y un día, recordar a Manolo. Y decirle aquí, en su casa, que aún peno por no haberle cogido esa llamada desde un 95240...

Vivir, él lo diría, es ir coleccionando ausencias.

